

Guía para un “Verdadero Buscador”

¡Oh Mi hermano! Cuando un buscador verdadero decide dar el paso de la búsqueda por el camino que conduce al conocimiento del Anciano de Días, debe antes que nada purificar su corazón, que es la sede de revelación de los misterios interiores de Dios, del polvo ofuscador de todo conocimiento adquirido y de las insinuaciones de las personificaciones de la fantasía satánica. Debe purgar su pecho, que es el santuario del amor perdurable del Amado, de toda contaminación, y purificar su alma de todo lo que pertenece al agua y arcilla y de todo apego oscuro y efímero. Debe limpiar su corazón tanto que no quede en él ningún vestigio de amor ni odio; no sea que ese amor le incline ciegamente al error o ese odio le aleje de la verdad. Así puedes ver, en este Día, cómo la mayoría de la gente, a causa de tal amor y tal odio, está privada de la Faz inmortal, se ha apartado lejos de las Personificaciones de los Misterios divinos y vaga sin pastor por los desiertos del olvido y del error.

Ese buscador debe, en todo momento, poner su confianza en Dios, debe renunciar a los pueblos de la tierra, desprenderse del mundo del polvo y aferrarse a Aquel que es el Señor de los Señores. No debe nunca tratar de enaltecerse por encima de nadie, debe borrar de la tabla de su corazón toda huella de orgullo y vanagloria, debe asirse a la paciencia y resignación, guardar silencio y abstenerse de la conversación ociosa. Pues la lengua es fuego latente, y el exceso de palabras un veneno mortal. El fuego material consume el cuerpo, mientras que el fuego de la lengua devora tanto corazón como alma. La fuerza de aquel dura sólo un tiempo, en tanto que los efectos de éste persisten un siglo.

Ese buscador también ha de considerar la murmuración como grave error y mantenerse alejado de su dominio, por cuanto la murmuración apaga la luz del corazón y extingue la vida del alma. Debiera conformarse con poco y liberarse de todo deseo desmesurado. Ha de apreciar la compañía de quienes han renunciado al mundo y considerar que rehuir a la gente jactanciosa y mundana es de gran beneficio. Al amanecer de cada día ha de comulgar con Dios y perseverar con toda su alma en la búsqueda de su Amado. Ha de consumir todo pensamiento descarriado con la llama de Su amorosa mención y, con la rapidez del relámpago, pasar por encima de todo lo que no sea Él. Ha de socorrer al desposeído y nunca rehusar su favor al menesteroso. Ha de ser bondadoso con los animales, y más aún con su semejante, que está dotado del poder del habla. No ha de vacilar en sacrificar su vida por su Amado, ni permitir que la

desaprobación de la gente le aparte de la Verdad. No ha de desear a otros lo que no desea para sí mismo, ni prometer lo que no ha de cumplir. Con todo su corazón el buscador ha de evitar la compañía de malhechores y orar por la remisión de sus pecados. Ha de perdonar al pecaminoso y jamás despreciar su baja condición, pues nadie sabe cuál será su propio fin. ¡Cuántas veces un pecador, en la hora de su muerte, ha llegado a la esencia de la fe, y tomando la bebida inmortal, ha alzado el vuelo hacia el Concurso celestial! ¡Y cuántas veces un creyente piadoso ha cambiado tanto al momento de la ascensión de su alma, que ha caído en el fuego más profundo!

Es Nuestro propósito, al revelar estas convincentes e importantes palabras, inculcar en el buscador que él ha de considerar a todo, excepto Dios, como transitorio, y estimar a todo lo que no sea Él, Quien es el Objeto de toda adoración, como la nada absoluta.

Éstos son algunos de los atributos de los exaltados y constituyen el sello de quienes están dotados de espiritualidad. Ya se han mencionado a propósito de los requisitos para los caminantes que huellan la Senda del Conocimiento Positivo. Cuando el caminante desprendido y buscador sincero ha cumplido con estas condiciones esenciales, entonces, y sólo entonces, puede llamársele buscador verdadero. Cuandoquiera que haya cumplido las condiciones implícitas en el versículo: "Quien se esfuerce por Nos", disfrutará de las bendiciones conferidas por las palabras: "De seguro le guiaremos por Nuestros caminos".

Sólo cuando la lámpara de la búsqueda, del esfuerzo ardiente, del deseo anhelante, de la devoción apasionada, del amor fervoroso, del arrobamiento y del éxtasis, se haya encendido en el corazón del buscador, y sople en su alma la brisa de Su bondad, será disipada la oscuridad del error, será dispersada la bruma de las dudas y los recelos, y su ser será envuelto por la luz del conocimiento y de la certeza. En ese momento, el Heraldito Místico, portador de las felices nuevas del Espíritu, aparecerá resplandeciente como la mañana desde la Ciudad de Dios, y mediante el son de trompeta del conocimiento, despertará del sueño de la negligencia al corazón, al alma y al espíritu. Entonces los múltiples favores y la efusión de gracia del santo y eterno Espíritu conferirán al buscador una nueva vida tal que se hallará dotado de vista nueva, oído nuevo, corazón nuevo y mente nueva. Contemplará las manifiestas señales del universo y penetrará los misterios ocultos del alma. Mirando con el ojo de Dios, percibirá dentro de cada átomo una puerta que le conducirá a las posiciones de la certeza absoluta. En todas las cosas descubrirá los misterios de la Revelación divina y las pruebas de una Manifestación perdurable.

Juro por Dios que si aquel que sigue el camino de la guía y busca escalar las alturas de la rectitud llegara a esta gloriosa y suprema posición, aspiraría la fragancia de Dios a una distancia de mil leguas y percibiría la resplandeciente mañana de una Guía divina apareciendo en el Amanecer de todas las cosas. Cada cosa, por pequeña que fuese, sería para él una revelación que le llevaría a su Amado, el Objeto de su búsqueda. Será tan grande el discernimiento de ese buscador que distinguirá entre verdad y falsedad como distingue el sol de la sombra. Si se esparcen en los rincones más remotos del Oriente los fragantes perfumes de Dios, él de seguro los reconocerá y percibirá su fragancia, aunque habite en los últimos confines del Occidente. Asimismo, distinguirá todos los signos de Dios - Sus maravillosas Palabras, Sus grandes Obras y poderosos Hechos - de las acciones, las palabras y los hábitos de los hombres, al igual que el joyero separa la joya de la piedra, o el hombre que distingue la primavera del otoño y el calor del frío. Cuando el canal del alma humana se haya limpiado de todo apego impeditivo y mundano, percibirá indefectiblemente, a través de distancias inmensurables, el hálito del Amado, y, guiado por su perfume, llegará a la Ciudad de la Certeza y entrará en ella.

Allí descubrirá las maravillas de Su antigua Sabiduría y percibirá todas las Enseñanzas ocultas en el susurro de las hojas del Árbol que florece en esa Ciudad. Escuchará, con su oído externo e interno, los himnos de alabanza y gloria que de su polvo ascienden hacia el Señor de los Señores, y descubrirá con su vista interior los misterios del "retorno" y del "renacimiento".

¡Cuán inefablemente gloriosos son los signos, las señales, las revelaciones y los esplendores que ha destinado para esa Ciudad Aquel que es el Rey de los nombres y atributos! La llegada a esa Ciudad apaga la sed sin agua, y enciende el amor a Dios sin fuego. Dentro de cada tallo de hierba se atesoran los misterios de una sabiduría inescrutable, y en cada rosal una miríada de ruiseñores cantan sus melodías con venturoso éxtasis. Sus maravillosos tulipanes revelan el misterio del fuego permanente de la Zarza Ardiente, y sus fragantes aromas de santidad exhalan el perfume del Espíritu Mesianico.

Otorga riquezas sin oro, y confiere inmortalidad sin muerte. En cada hoja se atesoran inefables delicias, y en cada aposento se hallan ocultos innumerables misterios.

Aquellos que valientemente se afanan en la búsqueda de Dios, una vez que hayan renunciado a todo salvo a Él, estarán de tal manera ligados y aferrados a esa Ciudad, que una momentánea separación de ella les será inconcebible. Escucharán pruebas infalibles del Jacinto de esa asamblea, y percibirán los más seguros testimonios en la belleza de su Rosa y la melodía de su Ruiseñor. Una

vez alrededor de cada mil años será esta Ciudad renovada y adornada nuevamente...

Aquella Ciudad no es otra que la Palabra de Dios, revelada en cada época y dispensación. En los días de Moisés fue el Pentateuco; en los días de Jesús, el Evangelio; en los días de Muhammad, el Mensajero de Dios, el Corán; en este día, es el Bayán; y en la Dispensación de Aquel a Quien Dios hará manifiesto, Su propio Libro, Libro al que necesariamente han de referirse todos los Libros de Dispensaciones anteriores, Libro que entre todos sobresale, trascendente y supremo.

Bahá'u'lláh

Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, CXXI
